
Cuento

Vivir sin memoria es peor que la muerte

ISABEL HERRERA DE TAYLOR

Se miró en el ventanal de vidrio de un edificio y confirmó que estaba bien vestido: camisa celeste de mangas largas, nudo correcto en la corbata y pantalón gris. Vestía elegantemente para realizar una actividad de la cual no tenía la menor idea. En su mente no aparecía el recuerdo de salir de la cama, asearse, desayunar, y organizar las tareas del día. Y, para colmo, algunas personas que había saludado, más por instinto que por estar seguro de conocerlas, no le devolvieron los “buenos días”. Una duda desagradable y odiosa crecía dentro de sí. Debía decir: soy, era o he sido, porque cada acción verbal va unida a la connotación de existencia y tiempo. Una existencia que no tenía objetivos y un tiempo que no sufría grandes cambios, porque los cambios en el tiempo los dan las acciones que realizamos. Miró su reloj, éste marcaba las ocho y cuarenta minutos. Era de mañana.

Consideró que su capacidad de razonar la tenía intacta, no era cuestión de locura:

– Razonar es existir – se dijo una y otra vez, mientras daba otra vuelta por el parque. O soñaba o estaba...

El día le pareció, con el sol tras las nubes, ese

rato que transcurre entre el sueño y el despertar, ese momento que se utiliza para recuperar la realidad.

El parque Belisario Porras presentaba gran actividad: madres presurosas con niños asidos de la mano, vendedores de raspado con sus botellas multicolores, cuidadores de autos, ejecutivos y secretarías que de seguro se dirigían a alguna de las oficinas públicas establecidas en el área. Había numerosos árboles y los antiguos edificios de inicios del siglo veinte que lo rodean, todos pintados de blanco, encajonaban el parque, limitándolo. Allí se encontraban la Embajada de España, la Procuraduría de la Administración, la Gobernación y otros de gran belleza arquitectónica. El parque era en verdad un sitio acogedor.

Se sentó en una de las bancas a observar, con deleite, el majestuoso edificio de la Procuraduría, como si lo demás que le rodeaba no fuese interesante. Pero, en ese momento, una persona se sentó prácticamente encima de él. Consideró que la situación era inaudita y se alejó molesto. Cruzó la avenida Cuba y llegó hasta la sinagoga de la calle 36, recorrió las calles pasando por el edificio del Ministerio de Salud y,



sin darse cuenta, retornó al parque. Caminaba con calma centrado en traer a su memoria retazos de su vida y de su presencia en ese lugar.

Vio venir a la elegante mujer que llevaba cargado un perrito gris, de aquéllos peludos y pequeñitos. Se habían saludado unas tres veces ese día, siempre con un movimiento de cabeza y ella se detenía como esperando algo más de él. Le daba pena no iniciar una conversación, pero es que... realmente no la conocía. Sin embargo, era la única persona que, entre tanta gente, se había fijado bien en él.

— Decididamente estoy soñando – dijo en voz alta. ¿De dónde aparece esta mujer en medio de la situación tan confusa de pasarme el día dando vueltas en este bendito parque, si no es en un sueño?

Se alejó bajando por la calle 34, y algo en la acera de enfrente captó su atención. Observó a un hombre que se apoyaba en una de las columnas del frontispicio de un edificio. Parecía que caería. Decidido a acudir en su ayuda, cruzó la avenida de cuatro carriles con mucho cuidado, evadiendo los autos que circulaban a gran velocidad. Llegó a tiempo para evitar que el hombre cayera y se golpeará. Lo sostuvo y lo depositó suavemente sobre el pavimento. El hombre lo miró y le dijo:

— Gracias por ayudarme. Es mi corazón.

— Estamos para ayudarnos – contestó.

El hombre lo miró fijamente y con un esfuerzo notorio le dijo en voz baja:

— Estoy casi seguro de que estuvimos juntos en quinto de secundaria; te llamas Enrique Castroverde, te recuerdo porque...

Una palidez se posó en el rostro del hombre, hizo una mueca de dolor y entornó los ojos como si se dispusiera a dormir. Enrique Castroverde no se alteró a pesar de la situación que enfrentaba. Un grupo de curiosos rodeó al hombre caído y él se sintió desplazado, apartado. Malhumorado le dijo unas palabras groseras a los invasores sin que éstos se dieran por aludidos. Él estaba allí, llegó primero y ahora escuchaba a la gente decidir el futuro del hombre sin considerar sus opiniones, sin siquiera mirarlo. Se sintió transparente, algo que apenas ocupaba espacio, tanto que no podía ser percibido. Un sentimiento de impotencia lo invadió.

— Ayuden a cargarlo, llevémoslo entre todos – decía uno.

— ¡No!, ahora a los heridos no se les mueve, hay que llamar a una ambulancia – casi gritó otro.

— ¿Una ambulancia? ¡Con un hospital tan cerca! – objetó un tercero.

— Este hombre está muerto – sentenció un

muchacho que vestía una bata blanca.

Añoró al muerto, fue un sentimiento egoísta. Tenía nostalgia de alguien que lo sintió tangible y con quien había compartido algo de esa vida que su memoria le negaba. Agradeció que al menos le dijera su nombre. Vio la ambulancia alejarse, al grupo dispersándose y se quedó solo.

Pensó en el cuerpo de su antiguo discípulo: ahora estaría perdiendo calor, ese indicio de que hay vida. ¿Cuánto tiempo transcurre para que uno mismo se dé cuenta de que ya la existencia se aleja? ¿Podrían los muertos viajar en el tiempo y en el espacio? Y, si él mismo estuviese muerto, ¿habría viajado a la Plaza Roja o a París? ¿Por qué pensó en esos sitios? ¿Ya conocía esos lugares? Quizás le significaban algo.

— ¡Peor que la muerte, es vivir sin memoria! – se dijo.

El ir y venir de la gente había disminuido en el parque y sus calles aledañas. El lugar se encontraba más bien solitario, los comercios y oficinas habían cerrado. Unas pocas farolas alumbraban con desgano el lugar, un hombre con ropas raídas se acomodó en posición fetal en una de las bancas y se arropó con unas hojas de periódico. Enrique, a pesar de haber percibido los cambios en el entorno, se mantenía allí indeciso e indefenso como un niño perdido en espera de que las partes del todo se ubicasen o de que alguien, quizás su madre, dijese: "Enrique, despierta".

Se inquietó, el tiempo transcurría, ya era de noche y probablemente estaría ausente de algún lugar en el que requerían su presencia. Tomó la decisión de bajar por la calle 33 hacia la Avenida Balboa, la misma estaba más desierta y oscura que el parque. Miró su reloj, aunque no valía el esfuerzo, porque todo el día había marcado las 8:40. Avanzó con cautela y a media cuadra se paró. Era el lugar, lo reconoció. Entonces escuchó el taconeo rítmico: tac, tac...tac, tac. Una muchacha se acercó con la cartera apre-

tada bajo el brazo, miró a los lados con recelo. Cercana a él se detuvo, guardando distancia. Luego del mutuo reconocimiento se abrazaron y el temor se despidió entre sonrisas.

El nacimiento de la memoria le trajo una alegría íntima; era confortante descubrir que no estaba dormido y tampoco muerto como a veces sospechó, sobre todo cuando las personas que rodeaban al hombre que ayudó a acostar en la acera ni lo percibieron.

– Te puedo acompañar – se ofreció con respeto. – Lo había pensado tantas veces, hasta que se atrevió a hablarle. De esta manera inocente había iniciado todo.

Se percibió tan humano y recordó que trabajaba en la Procuraduría de la Administración y ella era secretaria en el Banco de la calle 34 y Avenida Cuba. El rompecabezas empezaba a armarse y el día tan horrible, lleno de dudas, se aclaraba. Caminaron juntos, explicándose las razones de las tardanzas en un día lleno de trabajo.

Los recuerdos llegaban apurados buscando su espacio, la memoria organizándose desde su niñez hasta los últimos momentos, cuando su vida se enlazó con la vida de esta mujer.

Y un recuerdo como un relámpago le hizo comprender que de nada valía recordar una fiesta de cumpleaños, ser hijo único, la muerte de su madre o la visita a París, si el futuro se detuvo el día que, mientras ellos aprovechaban la complicidad del lugar y de la noche, un hombre celoso tomó venganza. La sorpresa de lo inesperado había borrado el desgarrador grito de la chica y ahora le vino a la memoria el rostro de la mujer del perrito que estaba allí mirando la escena sin alarmarse, como tampoco él se había sobresaltado ante el hombre que había muerto de un ataque al corazón, porque sólo los vivos se asustan de la muerte.

*Tomado de: Isabel Herrera de Taylo. **Esta cotidiana vida**. 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2007.